

En los Salmos—Parte 1

No es raro que los seres humanos pecadores experimenten un poco de disonancia cognitiva cuando se acercan a las palabras de la Biblia. El Salmo 122, por ejemplo, habla de acercarse con gozo al lugar donde "se fijaron tronos para juicio" (versículo 5). ¿Cómo es posible equiparar el gozo y el juicio?

La idea del juicio aterrorizó a Martín Lutero. A pesar de que se había unido a una orden monástica y había dedicado su vida a la iglesia, seguía albergando dudas persistentes sobre su valía. Él sabía, como todos los pecadores inherentemente, que si se enfrentaba al Dios de juicio en un momento dado, no pasaría la prueba de pureza. A veces, los pecadores son muy valientes cuando piensan que nadie les pedirá cuentas, pero cuando consideran la posibilidad de que puedan morir en cuestión de horas o minutos, ocasionalmente entran en pánico, porque hay algo en el corazón humano que nos asegura que no podemos estar frente al trono de un Dios santo en nuestra condición actual. Lutero, un hombre al que difícilmente llamarían el "primero de los pecadores" (como Pablo se llamaba a sí mismo), luchó profundamente. En un momento dado, mientras dirigía la misa, pronunció las palabras rituales (como se suponía que debía hacerlo): "Te ofrecemos a ti, el Dios vivo, el verdadero, el eterno", y una sensación de pánico de repente se apoderó de él:

Al oír estas palabras, me quedé completamente estupefacto y aterrorizado. Pensé: "¿Con qué lengua me dirigiré a tal Majestad, si todos los hombres deben temblar en presencia de un príncipe terrenal? ¿Quién soy yo para levantar mis ojos o levantar mis manos a la divina Majestad? Los ángeles lo rodean. A su asentimiento, la tierra tiembla. ¿Y yo, un miserable pigmeo, diré: "Quiero esto, pido aquello"? Porque yo soy polvo y ceniza, y estoy lleno de pecado, y hablo al Dios vivo, eterno y verdadero".¹

También escribió: "Yo era un buen monje, y guardaba la regla de mi orden tan estrictamente que puedo decir que si alguna vez un monje llegó al cielo por su monje fui yo. Todos mis hermanos en el monasterio que me conocieron me apoyarán. Si hubiera seguido más tiempo, me habría matado con vigiliyas, oraciones, lecturas y otros trabajos".²

¡Ay de mí

Lutero frecuentaba el confesionario, con la esperanza de que las horas que pasaba allí (¡hasta seis al día!) aliviaran su sentimiento de culpa. No fue así. En un momento dado, cuando Lutero estaba virtualmente inventando pecados que confesar, en un intento desesperado por encontrar una conciencia limpia, su confesor se cansó y dijo: "Mira aquí, . . . si esperas que Cristo te perdone, entra con algo que perdonar —parricidio, blasfemia, adulterio— en lugar de todos estos pecadillos".³

La frustración del confesor era comprensible. Su evaluación del pecado, sin embargo, no lo fue. Los seres humanos dividen los pecados en ofensas mayores y menores, y hay alguno. Es verdad la idea de que algunos pecados son peores que otros, pero el hecho permanece: el salario del pecado es la muerte. Todo pecado. Cualquier alejamiento de la voluntad de Dios. En el momento en que salimos de nuestro propósito creado, para servir como la imagen de Dios y un tributo a Su bondad, nos hemos ganado el salario del pecado. Lutero tenía toda la razón. El pecador sin ayuda tiene mucho para mantenerse despierto por la noche. Lutero finalmente llegó a la conclusión de que el pecado era más que una lista de fechorías; Fue un defecto fundamental en la naturaleza humana, una corrupción que se ha abierto camino en el núcleo mismo de lo que somos. Continuó castigándose a sí mismo: ayunaba durante días, se negaba a dormir e incluso se azotaba la espalda. Nada podía traer la paz.

Lutero no está solo. Incluso los santos profetas han temblado a la vista del trono de Dios:

¡Ay de mí, porque estoy deshecho!
Porque soy un hombre de labios impuros,
Y habito en medio de un pueblo de labios impuros;
Porque mis ojos han visto al Rey, El LORD de los ejércitos (Isaías 6:5).

Desafortunadamente, esto es lo más lejos que llegan algunas personas cuando contemplan el trono de Dios. Es verdad: el pecado es mucho más terrible de lo que podemos concebir; nuestros pecados, después de todo, condujeron al horrible asesinato del único Hijo de Dios. La cruz del Calvario pone nuestros caminos caídos en una dolorosa perspectiva cósmica: podemos reírnos del pecado, pero podemos estar seguros de que el día que Jesús clamó y exhaló su último suspiro, nadie en el cielo se reía.

Es comprensible que algunos de los que se acercan a Apocalipsis 14 salgan pensando que la muchedumbre en Sion debe ser Alguien más. Nos cuesta creer que tenemos un lugar en un lugar tan sagrado. Los Salmos, un potente comentario sobre el libro de Apocalipsis, y los mensajes de los tres ángeles en particular, dejan bastante claro que no tenemos lo que se necesita para estar allí. No por nuestra cuenta.

El Salmo 15 hace la pregunta: "¿Quién podrá morar en tu tabernáculo? ¿Quién habitará en tu santo monte?" ¿La respuesta? "El que anda en rectitud y hace justicia" (versículos 1, 2). Seamos honestos: ¿Cuánto de lo que hiciste en la última semana —las últimas 24 horas!— se consideraría "justo" según los estándares del cielo? Podemos ser aplaudidos por otras personas, pero ¿Aplaudirlo? El estándar para la admisión es alto: no atropellar a otros con la lengua (versículo 3), no hacer daño a nadie más, 100 por ciento de fidelidad a las promesas que has hecho (todas ellas, incluso si duele!), y absolutamente cero deshonestidad financiera alguna vez.

El Salmo 24 establece aún más condiciones: manos limpias y un corazón puro. Es fácil pretender ser puro en la iglesia, pero en las

horas tranquilas de la noche, cuando solo estás tú y la inspiración del Espíritu Santo, ¿cuánto de tu vida podría considerarse puro? No en su mayoría bueno, pero puro. No hay nadie en el monte de Dios que haya adorado ídolos, y aunque no tengamos estatuas de deidades paganas ante las que inclinarnos, ciertamente tenemos muchas cosas que reverenciamos más que a Dios en este mundo. Tal vez no con nuestros labios, pero sí con nuestras acciones, nuestras prioridades y nuestras decisiones presupuestarias.

Seamos honestos: Gandhi y la Madre Teresa no pasarían la prueba. "No hay quien haga el bien", nos recuerda el salmista, "ni uno, ni uno" (Salmo 14:3). "Ni morará el mal contigo", se nos recuerda en el Salmo 5:4.

¿Quién es digno?

Entonces, ¿cómo puede ser posible que encontremos seres humanos pecadores en la montaña santa en Apocalipsis 14? Hay una clave importante que se encuentra en el Salmo 24, que continúa después de enumerar las condiciones de admisión:

¡Levantad vuestras cabezas, oh puertas!

¡Y sed levantados, puertas eternas!

Y entrará el Rey de gloria.

¿Quién es este Rey de gloria? La LORD fuerte y poderoso, La LORD poderoso en la batalla.

¡Levantad vuestras cabezas, oh puertas!

¡Levantad, puertas eternas!

Y entrará el Rey de gloria.

¿Quién es este Rey de gloria?

La LORD de los anfitriones,

Él es el Rey de gloria (Salmo 24:7-10).

Elena White relaciona esta porción del salmo con el momento en que Cristo regresó al cielo, triunfante sobre la tumba.⁴ En Apocalipsis 5, somos testigos de su llegada. Juan está llorando, como Isaías y Lutero lloraron por su ineptitud, porque el cielo no puede encontrar a nadie digno de abrir los sellos del rollo. "No llores", le dice uno de los ancianos. "He aquí que el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha prevalecido para abrir el libro y desatar sus siete sellos" (versículo 5). ¿La raíz de David? David fue el que escribió el Salmo 24. ¿Es posible que en realidad vió este momento en el salón del trono del cielo, el momento en que su descendiente mesiánico llegaría para presentarse como el sacrificio exitoso por nuestro pecado? Juan se volvió para ver al León; en cambio, encontró a un Cordero que había sido inmolado. El Cordero tomó el rollo y comenzó a abrir los sellos, y mientras lo hacía, los eventos del capítulo seis comenzaron a desarrollarse: se inició la obra de la iglesia en la tierra.

¿Qué tan exitoso sería ese trabajo? La iglesia tiene muchos defectos, sin duda. De hecho, una gran parte del Nuevo Testamento fue escrito a iglesias descarriadas cuyo comportamiento era pésimo. Pero desplácese a través de las edades, hasta el momento en que el último movimiento del remanente de Dios terminaría la obra, y encontramos a ese mismo Cordero en el Monte de Sion con personas que tienen el Nombre del Padre escrito en sus frentes.

¿Quién puede estar en el monte santo de Dios? Jesús. Seamos honestos, en lo que respecta a digno la gente va, Él es toda la lista. Solo hay un ser humano que califica, un ser humano que ha vivido de acuerdo con la santidad de Dios, y ese fue Dios mismo en carne humana. Él es el que nos creó en primer lugar (Juan 1:3; Colosenses 1:15–18; Hebreos 1:2, 10), el Creador. El Creador increado se convirtió en Uno de los Suyos, creado y vivió a nuestro favor.

Jesús es digno

Miremos de nuevo el Salmo 24. ¿Quién es el que regresa al cielo victorioso? El Rey de la gloria, el LORD fuerte y poderoso. Cuando veas (en las traducciones al inglés) la palabra "LORD" en mayúsculas, te hace saber que el original es YHVH, el Dios que existe por sí mismo. Este es Aquel que llamó a Moisés desde la zarza ardiente y le dijo que Su pueblo sería liberado de la esclavitud y lo adoraría en una montaña (Éxodo 3:7-14). Este es el Dios que llamó a Abraham en una montaña (el mismo lugar donde más tarde moriría en la tierra de Moriah) para que detuviera su cuchillo y aceptara un sustituto en su lugar (Génesis 22:10-14). Fue Cristo quien guió a su pueblo a la libertad en una nube (1 Corintios 10:1-4).

Desde el momento en que pecamos, Él no nos ha soltado ni una sola vez. Él sabe, muy bien, que no es posible que lleguemos a la montaña de Dios por nuestra cuenta, y por eso nos guía allí por Suyos Méritos.

¿Cómo puede ser el juicio una buena noticia? Porque el juicio favorece al Hijo de Dios, y nosotros estamos con Él:

Yo miraba en las visiones nocturnas,
Y he aquí uno como el Hijo del
Hombre, que viene con las nubes del
cielo. Llegó al Anciano de Días,
Y le acercaron delante de Él.
Entonces se le dio dominio, gloria y reino, para que todos los
pueblos, naciones y lenguas le sirvieran.
Su dominio es un dominio eterno,
Que no pasará,
Y Su reino, el único
El cual no será destruido (Daniel 7:13, 14).

Lutero finalmente tropezó con la respuesta: el justo vivirá por la fe. ¿Qué tipo de fe? Que Cristo es suficiente, y podemos confiar en Él para que nos lleve a casa. Mientras tanto, Él nos asigna la tarea de

llamar al resto de nuestra familia, la familia de los seres humanos caídos, que necesitan desesperadamente a su Creador en este momento.

[1.](#) Roland H. Bainton, *Here I Stand: A Life of Martin Luther* (Nashville, Tennessee: Abingdon Press, 1950), pág. 25.

[2.](#) Bainton, 30 años.

[3.](#) Bainton, 41 años.

[4.](#) Elena G. de White, *Ve El Deseado de Todas las Gentes* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1940), 833.